

VILLORO, JUAN. (2008). *LOS CULPABLES*. MÉXICO: ALMADÍA

Reseñado por Johanna Leal
Universidad Central de Venezuela
johannaleal20@gmail.com

Los estereotipos sobre la mexicanidad encarnados en los personajes de este libro de cuentos Villoro resultan fascinantes porque más allá de ser una reacción visceral contra la imagen que de los mexicanos se tiene, tanto dentro como fuera de sus fronteras (típica reacción de la que hacen gala sociólogos y antropólogos, o quizás sea éste otro estereotipo de los profesionales de dichas ramas), por reduccionista y hasta ofensiva, se convierten en una suerte de catálogo de lo humano. Y es ahí, justamente, que nos sentimos en presencia de la literatura, pues ella revela lo que nos identifica como seres humanos, más allá de cualquier límite nacional.

Al parecer, la preocupación fundamental y subyacente de Villoro al escribir estos cuentos no era la existencia de estereotipos (estos tampoco son una fabulación sin asidero alguno), sino el hecho de que se limite la individualidad mexicana a unos cuantos tipos preestablecidos. Nadie puede negar que en ese país de América del Norte (solo al escribirlo viene un leve temblor, un resorte se activa: ¡un norteamericano que no habla inglés! Sí, la razón lo sabe, pero el alma aún no lo acepta) haya sombreros, charros, tequila, tacos, aztecas, mayas y “telenovelas”. Nadie tiene una mirada limpia cuando se acerca a la cultura mexicana, incluida su literatura. Todos esperamos lo mismo, estereotipos consabidos con un menor o mayor grado de caricaturización; pero lo que no esperamos es la ausencia patente de orgullo por “lo mexicano”, el hastío por la máscara identitaria fácil que se hace tangible en los personajes de *Los culpables*.

La identidad mexicana construida sobre la base de estereotipos *pret-a-porter* pareciera un “regalo” natal para los mexicanos, el pan que todos traen bajo el brazo y que, a la vez que les hace la vida más fácil cuando no queda otra respuesta sino la obligación dar una, es un lastre que al parecer no les permite *ser*, al menos de cara al exterior.

Así, los cuentos de *Los culpables* se convierten para Juan Villoro en una liberación, una catarsis, tanto para él como para sus lectores mexicanos. Aquellos que son mexicanos por un azar, que entienden que no son más que seres humanos que luchan por llegar a ser, a conocerse, como el resto de los habitantes del mundo, pero que llevan auestas el sino de tener que hacer vida en una tierra minada de estereotipos prefabricados acerca de lo que deberían ser, un tópico que todos esperan ver encarnado.

En *Los culpables*, Juan Villoro nos ofrece un recorrido a través de lo que serían algunos de los principales estereotipos de la mexicanidad y nos muestra su faz insospechada, su humanidad, lo que de universal tiene cada mexicano y que hace surgir la identidad común, la identificación. Así, en el cuento titulado “Mariachi”, se nos (des)dibuja el personaje bandera de la cultura *mainstream* mexicana, pues este mero macho, este gorrión, se nos antoja más como un existencialista vagando por las calles frías y brumosas de cualquier ciudad europea, imbuido en sus pensamientos (sí, solo como un hombre que piensa, ni siquiera importa la naturaleza de sus ideas), que como un representante de la virilidad mexicana, siempre dispuesta a ponerle el pecho a la vida, a nunca “rajarse”. Este mariachi *sui generis*, de gustos femeninos para nada convencionales: “Me encantan las mujeres jóvenes de pelo blanco” (p. 11), exhibe una falta de carácter que lo hace sucumbir a los caprichos de las féminas e, incluso, a enmudecer ante ellas: “Brenda fumaba un purito. Vi su pelo blanco, suspiré como solo puede suspirar un mariachi que ha llenado estadios, y no dije nada” (p.19). Adicionalmente, el “Gallito de Jojutla”, al que le dicen Gallito “...pero odia madrugar” (p. 12), tiene sueños ontológicos peculiares: “¿Qué me gustaría? Estar en la estratósfera viendo la Tierra como una burbuja azul en la que no hay sombreros” (p. 17). Esos deseos conscientes se ven reforzados, además, por sueños reveladores que dan cuenta de su incomodidad con la identidad que le fue heredada de su padre, de su pueblo, de su cultura: “Una vez soñé que me preguntaban: ‘¿Es usted mexicano?’, ‘Sí, pero no lo vuelvo a ser’” (p.14). Pero en realidad no se trata de una inconformidad con lo mexicano, sino con ese estereotipo universalmente aceptado. El cuento “Mariachi” es una muestra de cómo ese estereotipo es una prisión para quienes, en el mundo tangible, el ser mariachi es solo una forma de ganarse la vida, no su vida.

Otro cuento incluido en *Los culpables* es "Patrón de espera". En él, su protagonista, un ejecutivo sin nombre y perdido en la relatividad de un espacio-tiempo propio de quienes tienen como hogar el constante movimiento de un avión, es la antítesis del mexicano para quien la patria es lo principal, la estabilidad, una tierra que, en el caso de México D.F., fue además ganada a la inconsistencia líquida de una laguna porque la providencia de los dioses aztecas así lo dictó. Este hombre, cuyo oficio contrasta diametralmente con la idea que de la comida mexicana tenemos, es decir, abundante, de un sabor, unos colores y unas texturas que intoxican los sentidos: "Trabajo para la compañía que produce la mejor agua insípida del mundo" (p. 28) carece de centro, de raíces que lo aten a la tierra. Este hombre es un desterrado, literalmente. En un México que destila orgullo por su suelo y que parece estar dispuesto a adoptar a cualquier foráneo que muestre el mismo o mayor aprecio por sus costumbres, encontramos a este hombre que se muestra incómodo, esperando la pertenencia a algún lugar: "No hay sitio para nosotros" (p. 28). Además, en un punto de este cuento Juan Villoro no pierde la oportunidad de hacerle un guiño a sus lectores, de poner en duda el estereotipo del escritor como ser equilibrado, racional o inteligente, entre otros halagos, y de pintarlo como lo que es, un ser humano más: "Elías estaba lleno de fantasías revanchistas (¡por algo era escritor)" (p. 32).

En "El silbido" también se borran los estereotipos de los protagonistas de una de las pasiones mexicanas: el fútbol. El protagonista de este cuento, un jugador de fútbol de la edad de Cristo en los estertores de su carrera deportiva, parece empezar a entender que el fútbol no tiene ya mucho sentido para él, quizás debido a una cierta madurez que solo parece encontrarse en la aridez del desierto, el de Mexicali, y el de la "vejez": "Sentí una paz bien extraña. Un lugar para el fin de las cosas. Un lugar para terminar mi carrera" (p. 39). Gracias a las nuevas circunstancias en que se ve envuelto (su fichaje en un equipo nuevo cuyo nombre "Tucanes de Mexicali" podría más bien ser el de uno de béisbol) no solo desdibujan la imagen de los futbolistas, sino también la de los mafiosos:

—No creas lo que dicen de ellos -explicó Lola-. No son narcos del Pacífico. Trabajan para el otro Pacífico, Su mafia es de Taiwán -dijo esto como si fuera algo muy bueno.

—Los trillizos traen los juguetes -me dijo cuando yo salía de ahí con algo roto en las manos. Fue muy presuntuoso pensar que habían comprado mi carta con droga. La habían comprado con juguetes que se descomponen. (pp. 40-41)

Además, paradójicamente, este futbolista sabe bien poco de su país: “Yo no sabía nada de Mexicali hasta que los trillizos entraron a mi cuarto en la ciudad de México” (p. 36), y hasta recibe clases acerca de su propia cultura de parte de unos chinos mafiosos que bien podrían tergiversar la historia a su favor e incluso crear una nueva identidad de un pueblo de México sin que el jugador, nacido en ese país, se percatara: “En tiempos de Porfirio Díaz ese desierto se volvió famoso porque ahí se extravió un pelotón de soldados. Perdieron la orientación y todos murieron, achicharrados por el calor” (p. 37). Sin embargo, Juan Villoro, a pesar del esfuerzo por desbaratar los estereotipos mexicanos, introduce un comentario acerca de los chinos que obedece a un estereotipo acerca de ese grupo étnico y que no deja de causar gracia. Es la conciencia de lo difícil que resulta no encasillar, así como de lo divertido que es para cualquier extranjero juzgar a partir de estereotipos: “Nadie podía vivir ahí. Hasta que llegaron los chinos. Les dieron permiso de quedarse porque pensaron que morirían. ¿Quién resiste temperaturas de 50 grados bajo el nivel del mar? Los chinos” (p. 37).

En “Los culpables”, dos hermanos que viven en la frontera México-estadounidense no tienen muy clara su identidad, pues están a medias entre lo gringo y lo mexicano. A pesar de ello, se proponen escribir un guión de cine donde prevalezca “lo mexicano” sin saber muy bien qué es eso en realidad. De hecho, su idea de lo mexicano es una construcción a partir de la percepción que los estadounidenses tienen de la vida del otro lado, del más allá feo de la frontera. La idea de los hermanos acerca de “lo mexicano” resulta tan difícil de marcar como la “ñ” trabada de la máquina de escribir con que pretenden definirlo. Y esta necesidad de encontrar la identidad mexicana no obedece a un llamado interno, sino a que alguien, un gringo, vino a recordarles que efectivamente eran mexicanos. De hecho, desconfían de la memoria; para recordar sus raíces ingravidas era necesario escribirlas en lo único que nunca pueden dejar atrás, el cuerpo mismo: “No quería atarse a Sacramento pero lo llevaba en la piel: se había tatuado en la espalda una lluvia de estrellas, las “lágrimas de San Fortino” que caen el 12 de agosto” (p. 51). El elemento externo es fundamental

para definirse, el contraste con lo diferente, y en el caso de estos dos hermanos, sus propios coterráneos eran lo foráneo: “Migrantes. Éstos no parecían marcianos; parecían zombies (...). ‘Están locos’, pensé” (p. 52); “Incluso la forma de hablar de los migrantes, gente común del pueblo, les parecía rara, distante. Pareciera que su español no es el mismo del resto de los mexicanos, a ellos les falta permanentemente esa “ñ”: “Uno de ellos imploró que lo llevara ‘donde *juese*’ (...). Tuve que usar muchas palabras para explicarles que me refería a la cajuela, el maletero, su lugar de viaje” (p. 53).

Juan Villoro, en “Los culpables”, no se detiene en denunciar la falta de identidad de los mexicanos de la frontera con Estados Unidos, sino que además, denunciándolo, afirma la existencia de este nuevo rasgo característico de los mexicanos de, al menos, los últimos treinta años: la migración, la persecución de un sueño allende las fronteras, generalmente la estadounidense, a cualquier precio: “...cuando soñaba en ser corresponsal de guerra solo porque eso garantizaba ir lejos” (p. 53).

Finalmente, los cuentos incluidos en el libro *Los culpables*, de Juan Villoro, cumplen el fin anunciado en el título de este ensayo e insinuado en el título de la obra: aparentemente todos somos culpables de fomentar la persistencia de los estereotipos en las sociedades, pues juzgamos a la ligera al resto de las personas y asumimos características que se supone nos definen como habitantes de un determinado territorio. Sin embargo, los cuentos aquí analizados sugieren que si acaso existe alguna identidad, ésa es la identidad humana. Aquello que consideramos rasgo distintivo de nuestro pasaporte es simplemente una copia casi exacta que se repite *ad infinitum* en esta Tierra. Por ello resulta inevitable repetir, a riesgo de juzgar la frase como un estereotipo, que lo más cotidiano de nuestra realidad es lo más universal, pues “...eso que llaman el ‘genio de los pueblos’ solo es un complejo de reacciones ante un estímulo dado; frente a circunstancias diversas, las respuestas pueden variar y con ellas el carácter nacional, que se pretendía inmutable” (Paz, 1992:9).

REFERENCIAS

Paz, O. (1992). *El laberinto de la soledad*. México: FCE